

---

This is the **accepted version** of the review:

Rodrigo, Javier. «La historiografía y algunos tópicos (bien asentados) sobre la "memoria histórica"». *Letra internacional*, Num. 94 (Primavera 2007), reseña 3. Editorial Pablo Iglesias.

---

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/273468>

under the terms of the  IN COPYRIGHT license

## **La historiografía y algunos tópicos (bien asentados) sobre la “memoria histórica”.**

**Santos Juliá (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo*. Madrid, Taurus y Fundación Pablo Iglesias, 2006, 397 pp.**

Javier Rodrigo.

Por paradójico que parezca, en estos tiempos en los que tanto se habla y tanto vértigo narrativo existe sobre el pasado traumático y su memoria, sobre la Guerra Civil y sus consecuencias, sobre reparaciones, compensaciones, víctimas, revisionismos, olvidos, regresos o amnesias, la enorme mayoría de las voces que aparece en los espacios del público debate y opinión están más bien poco cualificadas y no hacen sino repetir, una y otra vez, los mismos tópicos, el mismo lenguaje y las mismas imprecisiones. La creciente presencia pública incluso oficial del pasado, sometida este año a la lógica de los aniversarios y sus hipotecas, ha devenido así no en la articulación de un debate en torno a unos mínimos anclajes teóricos, sino más bien en la popularización y tal vez definitivo asentamiento de multitud de estandarizaciones y reduccionismos. Como podría decir Todorov, en el espacio público la “memoria”, el conocimiento arquetípico, casi siempre moralista y de refuerzo identitario sobre el pasado, se ha merendado a su conocimiento crítico, complejo y, en la medida de lo posible, desmitologizado. Y eso ha acarreado una serie de consecuencias accesorias: a día de hoy, para obtener un mínimo crédito intelectual en estos terrenos de la guerra y sus usos, es necesario convertir el relato histórico en denuncia memorialística, quejarse de los silencios pretéritos y, llegado el caso, repartir certificados de buena conducta antiacadémica en el presente y democrática en el pasado.

Es ya larga la batalla que el coordinador de este libro viene desarrollando contra esa proliferación de tópicos, sin el necesario espesor teórico y epistemológico, relativos a la presencia del pasado en el presente. Un celo conceptual no siempre bien entendido, o total y maliciosamente malentendido, que sin embargo recoge un sentir muy generalizado entre la historiografía contemporaneista dedicada al estudio de la Guerra Civil, de sus consecuencias y de su recuerdo individual y colectivo: que en estos tiempos de vértigo narrativo, “recuperación de la memoria histórica” y demanda urgente y posmoderna de “memoria”, son imprescindibles las herramientas conceptuales —véanse aquí las precisiones, excelentes, de Carolyn P. Boyd—, así como necesarios, tal vez más que nunca, son los espacios de reflexión y análisis. Frente a unos usos públicos de la historia que en muchas ocasiones han traído aparejada la resurrección retórica de mitos, héroes, hordas, nacionales y rojos, santos y mártires, mimbres ampulosos con los cuales tejer relatos de corte maniqueo y bipolar, Santos Juliá ha querido poner aquí en cuarentena, y criticar con acidez, algunas de las supuestas verdades asentadas e incontestables en torno a la “memoria” de la guerra y del franquismo. Supuestas verdades que van desde la existencia misma de una “memoria colectiva”, de carácter “recuperable” e “histórica”, hasta la necesidad de “romper el olvido” impuesto por un “pacto de silencio de [sic] la transición”.

Permitáseme el apunte: yo no creo en la existencia de la “memoria social”, y “memoria histórica” me parece el oxímoron y el disparate conceptual más extendido en nuestros días. Por lo demás, solamente si observadas en perspectiva caballera, las evidencias en torno a la actual utilización pública del pasado traumático, tales como su cambio de percepción generacional, su centralidad sobre las víctimas de los sublevados

en 1936, o su insistencia en torno a los lastres de un proceso de democratización en el que nadie hizo demasiado caso a la necesidad o no de unas “políticas de la memoria” de carácter antifascista, pueden ser desactivadas de su carga retórica y política explícitamente presentista. Y solamente desprejuiciadamente puede concluirse, de tal modo, que más que olvido, lo que ha habido en torno a la Guerra Civil ha sido, precisamente, memoria, mucha memoria, aunque desde luego no la reclamada hoy por familiares y asociaciones de víctimas del golpe de Estado de 1936. La hubo, como se observa a lo largo de este volumen, tanto durante la dictadura franquista, para legitimar el régimen de terror en los terrenos políticos, culturales o educativos, como en democracia (y antes), para rechazarla como punto de referencia político. Ha habido una infinita producción política, cultural, literaria e historiográfica —el capítulo sobre este último tema debería dar cuenta de los importantes avances alcanzados en los últimos diez años y no dar tanta importancia a libros que no la tienen. Y, en los terrenos educativos, el conocimiento del pasado debería, sobre el papel, haber mejorado sustancialmente en los últimos treinta y dos años. En consecuencia, debería haber hoy un profuso recuerdo colectivo, una enorme “memoria” de la guerra. Debería: el condicional es necesario, pues no hace falta ser muy “recuperador” de la memoria ajena para darse cuenta que la carencia en democracia de políticas explícitas de reparación, homenaje y dignificación de las víctimas de los sublevados en 1936 y de la dictadura franquista ha acarreado importantes problemas de hecho y de derecho en la España democrática. Tan innegable es que ha habido mucha “memoria” de la guerra, como que esta no es ni ha sido, seguramente porque jamás podrá serlo, equilibrada. El del recuerdo colectivo del pasado traumático es un terreno tan resbaladizo, trenzado de sentimientos y alimentado por identidades, que los acuerdos valorativos son, más que difíciles, imposibles por naturaleza.

Desde esas premisas, este libro sirve como punto de referencia para analizar los modos y maneras en que el pasado traumático ha sido o no traído al presente, rememorado, conmemorado, homenajeado u olvidado desde el final mismo de la Guerra Civil. Sobre todo en cuatro momentos (el propio artículo de Juliá, el de Boyd, el de Mainer y el de Aguilar, aun con su lenguaje a momentos más de filmoteca que de ensayo) resulta necesariamente desmitificador, poniendo sobre el tapete los grandes ciclos, con sus pequeñas variaciones, a los que la percepción colectiva de la Guerra Civil y de sus consecuencias (víctimas y dictadura, fundamentalmente) se ha visto sometida. Pero el volumen, en sí, no es sin embargo tan contundente, tan explícito ni tan expeditivo, posiblemente por la variada procedencia de sus autores y, aún más, de sus capítulos, uno de los cuales está particularmente necesitado de una urgente y profunda revisión. Y mención aparte merece en ese sentido el que cierra el libro, firmado por Jordi Gracia: una muy interesante, pero completamente fuera de la coherencia interna del libro, digresión acerca de en qué momento ciertos intelectuales falangistas renegaron del franquismo que para nada se ciñe a la temática general del libro.

Ocurre también, al margen de cuestiones formales, que en este libro hay más memoria de la guerra durante el franquismo, que del franquismo en democracia. De hecho, pareciera que la aproximación general del libro hacia la “memoria” de la guerra sea que esa es más una cosa de pretéritos que de presentes. Así, el que es hoy elemento nuclear del interés por ese pasado en este presente (hasta el punto de llenar, en dramática hipostatización, *toda* esa demanda de “memoria”), los muertos y las víctimas de la violencia sublevada, ocupa menos espacio a lo largo del libro que, por ejemplo, el cine o la literatura. Aparece transversalmente en varios apartados, y se le dedica buena parte de un capítulo entero. Pero no se afronta con tanta exhaustividad como otros temas, aun cuando quienes mejor podían hacerlo están presentes en el libro. La

historiografía, antes que creadora, debe ser destructora o, al menos, cuestionadora de mitos, y es necesario de tal modo que se critique aquí la retórica de los silencios, las amnesias y los olvidos. Tal vez, sin embargo, habría sido necesario un esfuerzo más: el de tratar de aventurar, al margen de la visión estructural de lo generacional y a falta de una investigación solvente en torno a los discursos públicos sobre la guerra en democracia, algunos más de sus porqués. Pues, como deja entrever Mainer, tal vez la emergencia de esa retórica sí tenga que ver con el modelo de democratización postdictatorial y con algún que otro lastre político heredado del pasado.

En definitiva, la apuesta de esta recopilación es la de recordar que la rememoración del pasado traumático no debe alimentar su homogeneización y estandarización, su reducción a mínimos comunes denominadores memorialísticos, sino antes bien plantear que el conocimiento del pasado no puede ser sino la aceptación de su complejidad. Y que, por tanto, no puede servir como alimento para la construcción identitaria. Esa característica esencial de la historiografía, sin embargo, los historiadores deben saber combinarla con la empatía hacia la memoria individual, familiar o hasta colectiva, con todos los reparos que se tengan hacia ese término, del sufrimiento. Incluso a sabiendas que su búsqueda de la complejidad les harán ser pasto de las críticas furibundas de quienes confunden los libros con las reparaciones morales, las tesis doctorales con las políticas de la memoria, las horas de archivo con los monolitos y los homenajes, la docencia con la “recuperación de la memoria”. Esa cosa de la que tantos hablan, aunque pocos parezcan comprender su idioma.